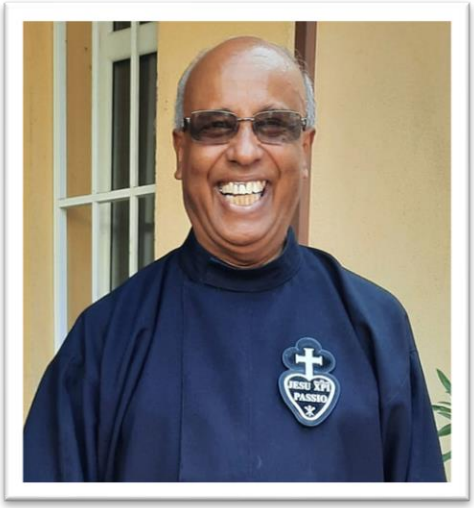
FIESTA DE SAN PABLO DE LA CRUZ

MENSAJE DEL SUPERIOR GENERAL, P. JOACHIM REGO, C.P.

19 de octubre de 2021

Queridos Hermanos, Hermanas y Amigos de la Familia Pasionista,



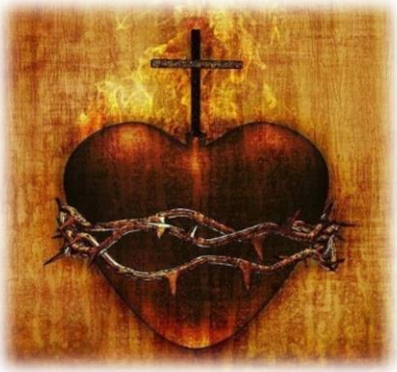
Al conmemorar este año la fiesta de San Pablo de la Cruz, deseo compartir con vosotros mi experiencia, tras un encuentro que ha suscitado esta reflexión.

Durante el Congreso Teológico Internacional sobre ***La Sabiduría de la Cruz en un Mundo Plural*** que nuestra Congregación ha organizado recientemente en la Pontificia Universidad Lateranense, en Roma, me presentaron a una mujer. Mientras yo trataba de averiguar en nuestra conversación por qué participaba en el Congreso, ella me contaba que era una doctora en medicina que había estado trabajando con una ONG en la región de Tigray, la región más septentrional de Etiopía. Ya sabéis que, en esa región, desde comienzos de noviembre de 2020, explotó una guerra civil que ya ha provocado miles de muertos y más de 350.000 personas desplazadas que sufren por el hambre, las enfermedades y la escasez de medicamentos. Durante muchas semanas, este conflicto fue noticia de primera plana internacional hasta que alguna noticia de más envergadura, o más sensacional, ocupó el centro del escenario.

En nuestra breve conversación, la doctora, con mucha emoción, me dijo que nadie hablaba ya de Tigray. Me dijo: *"Hay miles de niños a los que estaba tratando que están sufriendo terriblemente y que morirán a menos que reciban fármacos anticoagulantes y medicamentos esenciales. No oímos decir nada sobre ellos"*. Sintiéndome algo paralizado ante tal afirmación, dije lo que pensaba que podría ser una respuesta: *"¿Cómo podemos ayudar?"* –pregunté–. *"¿Hay alguna forma de enviar algo de dinero para ayudar?"*. En ese instante, la doctora rompió a llorar, sin aceptar mi generosa oferta de ayuda económica y no pudo hablar más. Afectado por su amor y preocupación por los niños que sufren en Tigray, por quienes sentí que estaba llorando, tampoco pude encontrar palabras para hablar, pues también me sentía afectado y conmovido hasta las

lágrimas. Ella simplemente dijo: "*Padre, mis niños morirán porque no pueden conseguir los medicamentos básicos y no oímos hablar nada de ellos*". Con estas palabras nos separamos.

Al reflexionar sobre este encuentro que tanto me ha conmovido, he pensado, obviamente, que para esta mujer el dinero no era "*EL*" problema ni "*LA*" respuesta. Su reacción expresaba un amor, una preocupación y una conexión mucho más profundos con "*sus niños*" y las personas de la lejana Tigray que están sufriendo y muriendo. ¿Y quién habla de ellos, quién los recuerda? Como suele suceder, se convierten en "*los olvidados*", meras víctimas y estadísticas de guerra y violencia, pobreza e injusticia, situaciones de abuso y desventaja. Son los "*sin nombre*", los desafortunados y los descartados de nuestro mundo. *"No oímos decir nada de ellos"*. Por lo general, después de un breve período inicial de atención, principalmente a través de los medios de comunicación, que pueden conmover temporalmente nuestros corazones con el dolor y la tristeza, su difícil situación desaparece del centro de atención y ya no se oye nada más... y la vida continúa. ¡No he podido evitar pensar en mi propia fortuna, en el privilegio de tener la seguridad de que todos los meses tengo los medicamentos necesarios para mantenerme sano, seguro y respirando!



La reacción y el comportamiento de esta doctora, sin embargo, me hablaba de una persona que tiene un **CORAZÓN** para los que sufren, un corazón de carne lleno de compasión, un corazón que ***sufre con*** los que sufren, un corazón que llora por los que se sienten abandonados. Y aunque no dijo por qué participaba en el Congreso, instintivamente pude comprender que estaba buscando la "*sabiduría*" que proviene y está contenida en la Cruz, el poder del amor y la compasión de Dios. Su corazón compasivo (fruto de la sabiduría de la Cruz) estaba en contacto y pudo acercarse a "*sus hijos*" en la lejana Tigray, conectándola de manera espiritual con ellos y asegurándoles que no son solo estadísticas u olvidados, sino seres humanos, amados y recordados como personas reales, con dignidad, hijos, madres, padres, hermanos y hermanas. De este modo se mantiene viva la **Memoria de la Pasión**.

Reflexionar sobre este encuentro me ha impulsado a profundizar en la condición de mi corazón porque, como Pasionistas, creo que estamos llamados a ser hombres y mujeres que deben **cultivar corazones compasivos** para nosotros mismos y para nuestra misión: *"... al entrar en el dolor y el sufrimiento de Jesús, nos vemos fortalecidos para entrar en nuestro propio dolor y sufrimiento, y así poder estar con los demás en su propio dolor y sufrimiento": Un Corazón pasionista*.

Por supuesto, la esencia de la compasión es el AMOR y, como decía San Pablo de la Cruz: *"El amor es virtud unitiva y hace suyas las penas del Amado"* (*Lett I*, 489). La cualidad de la compasión debe ser nuestra marca distintiva, nuestro estilo, nuestra forma de ser, de relacionarnos y de actuar como Pasionistas. Sin embargo, la compasión, tal como se presenta en los Evangelios, tiene un precio: requiere *"sufrir con"* el otro.

Después de todo, el ***corazón apasionado (que ama y sufre)*** es un símbolo importante en nuestra espiritualidad y el signo que nos identifica. Y por eso, nosotros los Pasionistas, debemos revisar con regularidad nuestros corazones, asegurándonos de que no se estén endureciendo, corroyendo o volviéndose insensibles a los gritos, alegrías, tristezas y sufrimientos de las personas, de la creación y de nuestro planeta, algo que suceder muy fácilmente en nuestra época, que siempre está muy ocupada, distraída y que es poco reflexiva. En la contemplación orante, hemos sido llamados a situarnos en nuestra vida al pie de la Cruz, desde donde contemplamos el Corazón Crucificado de Jesús que no busca la piedad para sí mismo, sino que se vacía en la solidaridad y la compasión, es decir, que "*sufre con*" todos y por todos los "*crucificados*" del universo. Nuestro aparentemente "*inútil*" estar junto a la Cruz requiere fuerza y resiliencia, para ***estar presentes*** y permitir que nuestro corazón se conecte con el Corazón del Crucificado, extrayendo de él el don de la compasión (que es don de Dios, no nuestro). Esto es lo que nos permite y nos empuja a mirar con piedad, aproximarnos, abrazar, incluir, perdonar y llevar, especialmente a los perdidos, los

abandonados y los olvidados de este mundo. Creamos un espacio para ellos en nuestros corazones y los apoyamos en espíritu, oración y amabilidad.

Deseamos participar en las tribulaciones de los hombres,
sobre todo de los pobres y abandonados,
confortándolos y ofreciéndoles consuelo en los sufrimientos.
(Const. 3)

Al reflexionar sobre la noción de Henri Nouwen de "*oración compasiva*", la Hermana Therese O'Regan CP, en un artículo titulado "*Contar al mundo la gran compasión de Dios, el corazón de nuestra vocación Pasionista*" escribe:

> *Una de las experiencias más poderosas en una vida de compasión es la expansión de nuestro corazón hacia un espacio de sanación que abraza al mundo y del que nadie está excluido. Orar por los demás es el latido mismo de un corazón compasivo. Orar por otro significa permitir que sus sufrimientos, ansiedades, soledad, confusión y temores resuenen en lo más íntimo de nosotros mismos. Pero en medio de esta experiencia, descubro que la compasión no es mía, sino que es un regalo de Dios para mí. Yo no puedo abrazar el mundo, pero Dios sí puede. Yo no puedo orar, pero Dios puede orar en mí. Cuando Dios se convirtió en uno como nosotros (Encarnación), es decir, cuando Dios nos permitió a todos entrar en su vida íntima, hizo posible que compartiéramos su infinita compasión. En la oración, el dictador sin principios y el torturador vicioso ya no pueden seguir siendo el objeto de nuestro miedo, del odio, de la venganza, porque cuando oramos, nos encontramos en el centro del gran misterio de la Divina Compasión. Dietrich Bonhoeffer lo expresó con poderosa sencillez cuando escribió que orar por los demás es darles el mismo derecho que nosotros hemos recibido, es decir, estar delante de Cristo y participar de Su Misericordia.*

En esta fiesta de nuestro fundador, San Pablo de la Cruz, en este año del Jubileo de la fundación de nuestra Congregación que reflexiona sobre "*Renovar nuestra Misión*", comparto con vosotros estos pensamientos que se despertaron en mí tras mi encuentro fortuito con aquella doctora que me dio a conocer su corazón compasivo, que sufre, llora y llama nuestra atención hacia las personas que sufren en el mundo, los "*crucificados*", que muy a menudo son olvidados. "*No oímos decir nada de ellos*", pero "*todos son nuestros hijos*". Como Pasionistas, hemos sido llamados a mantener viva la Memoria de la Pasión que continúa hasta el fin de los tiempos. Lo hacemos cultivando el don de la **compasión amorosa** que nos permite estar junto a todos los que sufren y trabajar en su favor.

> Un reportero que cubría el trágico conflicto en el centro de Sarajevo vio a una niña que había recibido el disparado de un francotirador. Arrojó su bloc de notas y su lápiz, corrió hacia el hombre que sostenía a la niña y los ayudó a ambos a subir a un coche. Cuando el reportero pisaba el acelerador y corría hacia el hospital, el hombre que sostenía a la niña que sangraba dijo: "*Date prisa, amigo, mi hija todavía está viva*". Un momento después dijo: "*Date prisa, amigo, mi hija todavía respira*". Un momento después dijo: "*Date prisa, amigo, mi hija todavía está caliente*". Finalmente, gritó: "*Date prisa, oh, Dios, mi hija se está enfriando*". Cuando llegaron al hospital, la niña había muerto. Más tarde, mientras los dos hombres se lavaban la sangre de las manos y la ropa, el hombre se volvió hacia el periodista y le dijo: "*Me espera una tarea terrible. Debo ir y decirle a su padre que su hija está muerta. Le romperá el corazón*". El reportero estaba asombrado. Miró al hombre afligido y dijo: "*Pensé que era tu hija*". El hombre miró hacia atrás y dijo: "*Todos son nuestros hijos*".

Que la Pasión de Jesús esté siempre en nuestros corazones.

Que las bendiciones y oraciones de San Pablo de la Cruz nos conduzcan al Corazón de Dios.

P. Joachim Rego, C.P.
Superior General